

*Biografía.***DOÑA CONCEPCION RODRIGUEZ.**

Doña María de la Concepcion Rodriguez nació en Palma de Mallorca el 14 de diciembre de 1802. Su padre, si bien ejercía entonces la profesion teatral en la compañía de aquella ciudad, habia seguido una carrera literaria en la universidad de Valencia, y su madre pertenecía á una familia envuelta por recientes vicisitudes en la desgracia, pero enlazada con varias casas distinguidas de Andalucía. Estas circunstancias, al parecer indiferentes en una biografía artística, adquieren sumo interes en estos apuntes, si se atiende á que les debió la Sra. Rodriguez una educacion esmerada sin la cual, conviene asentarlo, es dudoso que hubiese llegado á sobresalir en el arte que ha profesado. El artista, intérprete del sentido gramatical y literario de las ideas del poeta; el artista, que ha de buscar en un continuo estudio del corazon humano, los medios de dar distintas fisonomías á un mismo pensamiento emitido por distintas personas, segun las circunstancias físicas ó morales que en estas haya debido suponer el escritor; que debe variar y amoldar su accion, modular, alterar su voz en armonía constante con la variadísima índole de todas las pasiones humanas; no puede aspirar á justa y duradera fama si su alma no se halla templada para fáciles y generosas impresiones, si su talento natural, por privilegiado que sea, no recibió de una sólida educacion el ordenado desarrollo que solo puede fertilizarlo.

Desde sus primeros años desempeñó la Señora Rodriguez en el teatro de Sevilla algunos papeles de niña con singular gracia. Pero su carrera teatral no empezó propiamente hasta el año de 1815, época en la cual fue escriturada para ejecutar papeles adecuados á sus escasas circunstancias, en el teatro de Granada. Allí recibió fre-

TOMO II.

cuentes consejos de la Sra. Dolores Pinto, actriz conocida en los teatros de Madrid, mas hábil en la teórica del arte que en su práctica. Siguió en 1816 en el mismo teatro, sin que ni en este año, ni en el anterior, ni en el siguiente, que pasó en el teatro de Barcelona, se hiciesen notar en ella otras cualidades que la finura de sus modales y la dulzura de su voz. No solamente nadie preveía entonces que pudiese llegar á brillar en la escena, sino que engañados algunos por el encogimiento propio de su corta edad y de su modestia, lo atribuían á cortedad de alcances, á frialdad, y aventuraron sobre su porvenir, fallos que no tardó el tiempo en desmentir. Poco generoso fuera designar el público donde encontró jueces tan severos, cuando ese mismo público es cabalmente el que despues le ha tributado los mayores aplausos, los mas delicados honores.

Pero por lo mismo que la Conchita no satisfacía las equivocadas exigencias del gusto provincial, era mas apta para amoldarse al tono de los teatros de la corte; y en ocasion de necesitarse en el de la Cruz una jóven actriz, el tino del difunto Bernardo Gil, entonces primer galan y autor de este teatro, conoció que si la Sra. Rodriguez no tenía las cualidades de otras actrices de las provincias, mas recomendadas por la fama, tampoco tenía sus resabios; y que este mérito negativo es acaso el mas esencial en un actor que pasa de los teatros de las provincias á los de la capital. La prefirió pues, y usando del privilegio que tenían las compañías de Madrid, solicitó y obtuvo que se la embargara. A consecuencia de esta disposicion entró la Sra. Rodriguez á ocupar el mas humilde puesto en la compañía de la Cruz, el domingo de Resurreccion de 1818. Vió trabajar, admiró á Isidoro Maiquez, y llamó vivamente su atencion la diferencia que desde luego notó entre el método seguido por aquel grande actor y todo lo que hasta entonces habia tenido ocasion de estudiar. Pero como al mismo público admirador de Maiquez le veía celebrar, y celebraba sinceramente ella misma á otros actores y actrices de la capital que seguían muy distinto rumbo, no acertaba á deslindar principios fijos que pudiesen servirle de norma; y aun cuando agradecía las luces que en la

17

discreta direccion escénica del Sr. Bernardo Gil encontraba, echaba de menos en ella doctrinas analíticas que resolviesen sus dudas acerca del verdadero gusto del público y le señalasen un tipo fiel. La misma confusion de sus ideas la hizo acaso triunfar del ordinario escollo de los principiantes, á saber, la imitacion servil, ó por mejor decir, el remedo del modelo propuesto; y aun cuando no logró ni en el primer año que trabajó en Madrid, ni en el de 1819 que le siguió, ni en el de 1820, salir de la clase de segunda dama que, como todos saben, es en gran manera desairada en las comedias antiguas que constituyen el principal repertorio del teatro de la Cruz, se distinguió siempre por el mérito de una innegable originalidad: en el *Sotano y el Torno*, en *Marta la piadosa* y algunas otras comedias tuvo la satisfaccion de grangearse no vulgares aplausos al lado de la Sra. Antera Baus, que era admirable en este género y no solia compartir con nadie el justo favor público de que se hallaba entonces en casi esclusiva posesion. No podia con todo prometerse gran fortuna mientras permaneciera confinada en la reducida esfera de las segundas damas, y harto dudoso es que hubiese salido de ella á no haberla favorecido en 1821 la circunstancia de pasar los teatros de Madrid á manos de una empresa particular. Cualquiera concibe desde luego que bajo la administracion social de los mismos cómicos, los jóvenes no pueden medrar, cualesquiera que sean sus disposiciones, á no ocurrir vacantes que les faciliten ascensos; pues hallándose los principales cargos de esta administracion en poder de los primeros actores, estos han de prestarse difícilmente á las ocasiones de dejar sobresalir al émulo que inquiete su ambicion y amenace su porvenir. A los jóvenes cómicos les conviene á todas luces mas la administracion de una empresa interesada en sacar partido de todo el que pueda brillar en la escena, y natural enemiga de privilegios fundados en etiquetas parásitas que entorpecen los progresos del arte, en cuya prosperidad libra sus capitales el empresario. A las empresas deben los teatros de Madrid la mayor parte de los actores que en el dia sobresalen; á la empresa

del año 1821 debieron la Concepcion Rodriguez.

El sagaz literato á quien esta empresa habia encargado la direccion de la escena española, no tardó en conocer el partido que podia prometerse de las felices circunstancias de la obscurecida actriz, y venciendo no pocos ni fáciles obstáculos, opuestos por la rutina, le confió varios papeles de primera dama que fueron el fundamento de su reputacion. Desde entonces llegó á ocupar un puesto eminente entre las actrices españolas. Todos recuerdan aun el entusiasmo con que fué aplaudida en *el Viejo y la Niña*, *el Café*, *la Niña en Casa* y *la Madre en la Máscara*, *el Sí de las Niñas* y otras comedias del mismo género; entusiasmo que llegó hasta el punto de exigir mas de una vez el público que á la conclusion de la funcion saliese á recibir nuevos aplausos, cuya ovacion, por lo desusada, es entre nosotros verdaderamente extraordinaria. Los periódicos mas graves agotaron en su obsequio todos los recursos del lenguaje encomiástico. Unos proclamaron á la nueva dama *perla* de nuestra escena, otros *diamante*: á la vista tenemos estos datos. Pero lo que mas que los elogios de la imprenta, mas que los aplausos de cada noche, demostraba el alto favor que habia llegado á adquirir, es la constante concurrencia que su solo nombre en los carteles bastaba entonces á atraer á las funciones menos llamativas.

¿Era del todo legítima la reputacion que tan repentinamente dió boga á la Señora Rodriguez? Cuestion es esta en cuyo exámen se interesa el arte. Observese desde luego que no pudiendo el público esperar mucho ni de la edad de la joven actriz, ni de las disposiciones necesariamente escasas que habia desplegado en el círculo estrecho que por tres años la encerrára, debió producir el primer alarde de sus desembarazadas fuerzas una sorpresa que dejaba poca libertad á la análisis. No perdamos de vista que nuestro fácil entusiasmo meridional fascina á menudo nuestro juicio, hasta el punto de malograr en nuestros artistas de todos géneros las mas bellas disposiciones, persuadiéndoles imprudentemente que desde sus primeros pasos han igualado ó superado á los maestros. Nótese tambien que en las épocas de

reacción política, como la del año en que obtuvo la Señora Rodríguez sus primeros triunfos, el gusto público, en punto á artes, se ha resentido mas de una vez de la febril tendencia de los ánimos, tanto fuera como dentro de España. Impulsadas las opiniones triunfantes á anatematizar los hombres y las cosas de otro tiempo, son amenudo injustas hasta con las letras y las artes; y reparan poco en el mérito de los ídolos de su elección, con tal de que con ellos puedan oponer altar á altar. Estas consideraciones esplican la desproporcion que á juicio de algunos observadores impasibles existia entre el mérito intrínseco desplegado por la Señora Rodríguez en el año de 1821 y la reputacion que entonces se le hizo. Alabábase su voz, y sin embargo no sabia todavía modularla bastante, no habia corregido aun en ella ciertos puntos ingratos; faltábale estension, *mordiente*; no se prestaba á la completa expresion de las variadas pasiones que una primera actriz está destinada á pintar, y no simpatizaba sino con situaciones tiernas, en las que á la verdad encontraba sonidos de irresistible halago. — Maravillaba su sensibilidad, y la tenia con efecto, la tenia esquisita y comunicativa; pero exageraba á veces su espresion, y no sabia distribuirla con la prudente economía que el arte enseña y la experiencia revela; y como toda actriz novel, si tenia que representar una jóven que, en una situacion dada del drama, debiera gemir y llorar, salia desde la primera escena con pañuelo, y hasta los buenos dias á una criada los profería con tono lloron; por manera que en la situacion indicada se debilitaba, por lo muy preparado, el efecto de lágrimas calculado por el poeta, y saltaba á la vista la contradiccion de que solo entonces el interlocutor le digera: «¿lloras?» — Ponderábase su naturalidad en el diálogo, y nadie ciertamente podia negársela, comparándola sobre todo con algunas actrices que con mas ó menos gracia *cantaban* los versos, ó atendiendo á que no participaba de la debilidad comun á todas las principiantes que, teniendo aprendido donde tienen las gracias de su papel, las recalcan con el gesto, la voz, como desconfiando de la inteligencia de los espectadores; pero esta naturalidad en ella reco-

nocida, era absoluta, era la naturalidad de Concepcion Rodríguez, y no la variada naturalidad relativa de los distintos personajes que representaba: quien la habia oido en un papel, la habia oido en todos.—Con razon se elogiaba su inteligencia, si el elogio recaia sobre lo prematuro de las muestras que daba, aun cuando no salia de cierto círculo de papeles especiales adecuados á sus facultades. Pero distaba muchísimo esta inteligencia de la que posteriormente ha tenido que desplegar en otro órden de papeles que entonces hubieran sido superiores no menos á su inteligencia que á sus fuerzas. Entonces confundía, como es propio de una edad en que la observacion no ha llegado á aguzar el discernimiento, confundia en comun afliccion afectos muy distintos aunque análogos, como, por egemplo, la melancolía, la tristeza, la afliccion, la pesadumbre; daba frecuentemente al candor el colorido de la bobería; tomaba á veces al pie de la letra la calificacion de niña dada á algunos de sus papeles, y aniñaba demasiado su representacion; en fin incurría en otras muchas imperfecciones que, si por ser inherentes á la inexperiencia no podian acaso censurarse con rigor, debieran al menos haber aconsejado saludables restricciones en los elogios.

Afortunadamente para la Señora Rodríguez y para nuestros teatros, estos elogios no produjeron en ella su mas temible efecto. Su modestia resistió á los halagos del amor propio, y no solo la dejó accesible á todos los consejos que le dirigian, sino que los solicitaba ella misma con incesante afan ya de la Señora Josefa Virg, cuya maestría propia, de todos reconocida, se hallaba auxiliada, en punto á comedias de Moratin, por las preciosas tradiciones del autor que ella no habia olvidado; ya del difunto apuntador Solís, literato modesto y sábio á la par, de cuyos consejos se habia aprovechado mas de una vez el mismo Isidoro Maiquez; de todas las personas en fin que juzgaba mas instruidas ó mas expertas en el difícil arte que cultivaba. Contribuyó en gran manera á conservar en ella esa rara modestia, una práctica que deberian seguir todos los actores principiantes para substraerse á la peligrosa fascinacion de los primeros aplausos: admiradora sincera de cuanto

*

veía ejecutar por las primeras actrices, acostumbraba ensayar secretamente sus propias fuerzas en los principales papeles de aquellas, y se convenía de que le faltaban aun muchos pasos que dar para alcanzar el término donde querían hacerla creer que había llegado ya. Fácil es colegir cuan ventajosa fuera al arte esa afortunada convicción de inferioridad en que se mantuvo la Sra. Rodríguez, en medio de las seducciones del favor popular; puesto que la obligó á nuevos y mas profundos estudios, cabalmente cuando mas era de temer que se adormeciera en la presunción tan funesta á los jóvenes artistas. Pero le fue aun mas útil á ella misma, porque le hizo menos amargo el vaiven que no tardó en experimentar. En el curso del año 1822 fueron perdiendo energía las manifestaciones de entusiasmo á que el público la había acostumbrado; ya porque en las artes las reputaciones tan repentinas como la que ella había adquirido en el año anterior son de suyo inestables; ó porque comprometida en aquella época, por la inoportuna jubilación de la Sra. Antera Baus, á un trabajo superior al que antes desempeñaba, habían crecido proporcionalmente, como suele acontecer, las exigencias del público. Lo cierto es, que en el año de 1824 había vuelto la Sra. Rodríguez á la humilde condición de segunda dama, si bien con obligación ó privilegio de suplir alguna vez á la primera, que era la Señora Agustina Torres. Es verdad que en aquel año habían sido restituidos los teatros á la administración social de los actores, y que tambien para el teatro hubo entonces años nulos, y lo de volver las cosas al *ser y estado* anterior al 7 de marzo del año 20. La Sra. Rodríguez había ascendido en tiempo *del sistema* de las llamadas empresas: sus ascensos no eran válidos.

Para triunfar de tantas circunstancias contrarias, tuvo que reconstruir su reputación. Pero dió tal solidez á su nueva obra, que en el año de 1826 se halló en disposición de dar la ley á su compañía y de colocarse en el puesto que desde entonces ha ocupado sin contradicción bajo distintas administraciones teatrales, y con el favor constante del público. Esta segunda época de la Sra. Rodríguez, las varias é importantes reformas

por ella adoptadas en el ejercicio de su arte, el influjo de estas en nuestra escena dramática, merecen detenido exámen y serán objeto de un segundo artículo. — A.

PANORAMA MATRITENSE.

Cuadros de Costumbres de la Capital (1).

Pocas lecturas hay mas entretenidas que las de estos y otros pequeños cuadros de costumbres, cuando están descritos con verdad y en un lenguaje elegante y ameno. En los que acaba de publicar, recopilados en una elegante edicion, el Sr. Mesonero, tan justamente célebre en toda España bajo el nombre del *Curioso Parlante*, se hallan reunidas estas dotes en tan alto grado que desde luego basta esta sola obra para colocar á su autor en el rango de uno de nuestros primeros escritores contemporáneos. Sin cumplido sea dicho, Sr. *curioso parlante*.

Escelente ocasion seria esta para lucir nuestra correspondiente dosis de erudición, haciendo saber al público que no es la obra del Sr. Mesonero la primera que en su género ha llegado á nuestras manos, y que los nombres de los famosos escritores del *Spectator* ingles y los de Mr. Joui, Jai, Collin y otros muchos que llamamos por modestia, no nos son enteramente desconocidos. Pero ahora no se trata de aquellas obras ni de aquellos autores, materias que probablemente importarán poquísimo á nuestros lectores de la península, únicos con cuya benevolencia contamos, pues los de allende los Pirineos, cosas mejores tienen en que ocuparse que en leer las páginas de nuestro *Artista*. Hablemos, pues, lisa y llanamente de nuestro precioso *Panorama Matritense*, verdade-

(1) Dos tomos: precio de cada uno por suscripción 18 rs.—Se vende en la librería de Escamilla calle de Carretas.

ra joya de nuestra joven literatura y dulcísimo recreo al ánimo descontento en estos tiempos de turbulencia. Vayan también cuatro palabras acerca del autor, á quien, si bien no nos une con él una amistad tan íntima que baste á hacérnosle mirar con ciega parcialidad, profesamos un aprecio sincero con el cual, ni mas ni menos que con nuestro propio carácter, mal podría avenirse una crítica injusta y encarnizada.

El Sr. Mesonero nació, si no nos engañamos, en Madrid por los años de.... si hemos de creer lo que él mismo dice en algunos de sus artículos, debió haber nacido hace muchísimos años, pues se llama *muy viejo* á boca llena; pero nosotros que le hemos visto tan de cerca que podíamos tocarle con la mano, y que nos preciamos de cierta sagacidad en esto de entender de edades, podemos asegurar, que si no miente la pinta, no pasará hoy día la edad del Sr. *Curioso*, de unos treinta por ahí, por ahí. Poco antes de haberse dado á conocer tan ventajosamente como lo hizo un año despues con sus celebrados artículos de las *Cartas Españolas*, publicó en 1831 el *Manual de Madrid*, libro utilísimo y escrito con una erudición que solo puede adquirirse consagrando, como lo ha hecho su autor, muchos años y mucha paciencia al estudio de la historia y costumbres de esta heroica villa. Muchas son las dotes que recomiendan esta obra; pero la de ser la *primera* y *única* en su género, es la mas importante á nuestros ojos (1); por mas que digan la envidia y la ingratitud literaria, una obra *primera* en su género, es siempre muy apreciable: vendrán otros y la corregirán y la perfeccionarán; pero, como dijo Iriarte,

¡ Gracias al que nos trajo las gallinas !

Es como la historia del huevo de Juanelo.

Hará como hasta siete meses que se encargó el Sr. Mesonero de redactar el Boletín del regene-

(1) No pertenecen seguramente á él, ni el *Teatro de las Grandezas de Madrid*, por Gil Gonzalez Dávila, ni la *Historia de Madrid*, por Gerónimo Quintana, cuyo plan y desempeño, son muy diferentes.

rado Diario de Avisos, y desde entonces acá, bien sabido es de todo Madrid cuanto ha ganado en amenidad y buen-leer este periódico que tan ridículo fue en los tiempos que pasaron. De los artículos que en él lleva publicados el Sr. Mesonero y de los que dió á luz en las *Cartas Españolas*, ha formado el Editor la coleccion que acaba de publicarse con el exacto y picante título de *Panorama Matritense*. En él están pintadas muchas de las costumbres españolas con una verdad, con una gracia dignas de nuestros antiguos escritores: crítico severo algunas veces, otras observador profundo y festivo novelista, en toda esta obra revela sin ostentacion el Sr. Mesonero su ilustrado amor á esta *ingrata* España, sin que un estrangerismo á la moda le presente abultados sus defectos, ni se los oculte un mal entendido patriotismo. Además, digámoslo con toda franqueza: una de las cosas que mas agradan en este libro de que tratamos, es que nunca se ven pretensiones en su autor de absorber toda la atención sobre su persona, lo que muy rara vez perdonan los lectores; esto de hablar uno de sí mismo es cosa que por lo general solo agrada al que lo hace. El *yo* del Sr. Mesonero no es el *yo* enfático, egoísta y presumido de algunos escritores, aun los mas celebrados: se conoce que el autor del *Panorama Matritense* no aspira á ser el personaje principal de todos sus cuadros, ni á ocuparnos en la contemplación de sus propios defectos y escelencias: cuando habla de sí mismo, lo hace como se debe, sin darse mas importancia de la que comporta la verdadera modestia; como lo hacian, por ejemplo, Iriarte y Lafontaine; como lo hace en el día el admirable Beranger. Esto es una prueba de talento y sano juicio, que tiene la inmensa ventaja de prevenir á los lectores en favor del libro y en favor del que le ha escrito.

El cuadrito de costumbres titulado el *Retrato* es un dechado de narración, y aun, por decirlo así, un pequeño curso de filosofía, del cual es un verdadero corolario el *quantum est in rebus inane!* que dijo el profano. Los que tienen por título las *Casas por dentro*, el *Campo santo*, la *Calle de Toledo*, los *Cómicos en Cuaresma*, son admirables, el primero y los dos últimos por su gracia y su

verdad, el segundo por la profunda y melancólica filosofía derramada sobre todo él como un delicado perfume. Pues ¿qué diremos de la *Comedia casera*? ¿qué del *Viage al Sitio*, de la *Romería á S. Isidro*, del *Poeta y su Dama*, capaces de hacer reir aun al mas desesperado fatalista?

Sin embargo, hablemos claros; si el Sr. Mesonero se ha propuesto presentar un cuadro poco menos que completo de las costumbres de nuestra sociedad española, fuerza es confesar que aun le falta mucho para llevarle á cabo. Hasta ahora solo nos ha pintado, salvo alguna que otra escepcion, las costumbres y fisonomía de la clase media, clase sana y juiciosa, que va por la mañana á su oficina, por la tarde al Prado, por la noche á una modesta tertulia donde juega á la malilla en invierno alrededor de la característica camilla, y baila los domingos al son de un antiguo piano: esta clase, gracias al *Panorama Matritense*, nos es ya conocida á todas luces.—Pero ¿y la clase alta? ¿y el pueblo bajo? ¿Cómo han escapado á esa ingeniosa pluma, Sr. *Curioso*, estas dos fuentes inagotables de crítica y de observacion? ¿Cuándo piensa V. pintarnos con su fecundo pincel, los celos y los amores, las bodas y los pasatiempos, y toda la vida, en fin, de la desgarrada manola de Lavapiés, del desalmado valenton de las *Maravillas*? ¿No tenemos en Madrid Rinconetes y Monipodios, Gitanillas y Gananciosas? Todo esto entra en su jurisdiccion de V., Sr. *Curioso parlante*: hasta que nos lleve V. por la mano, como Virgilio á Dante, del aristocrático salon á la hedionda taberna, de la calle del Prado á la del Aguardiente; hasta que haga V. pasar en su linterna mágica el brillante landó de la duquesa y el destripado rocin del picador: el juez *amovible* y el reo de muerte: el elegante Retiro y las infames Galeras (*meretricum carcer*, que dice el Diccionario de la Lengua); no puede V. lisongearse, amable escritor, de haber terminado su obra, de haber puesto la última piedra en su edificio. Pero esta no es una reconvenccion, que bien sabemos que para todo se necesita tiempo: es solo recordarle á V. su obligacion para que no la eche en olvido y nos deje á media miel, como suele decirse.

Con mucha impaciencia esperamos el segundo

tomo de esta coleccion, y creemos no aventurar demasiado, diciendo que á todos les sucede lo mismo; no creemos, pues, que por falta de suscripciones se vea precisado el Editor á suspender la publicacion, no ya del segundo tomo, pues éste está anunciado y prometido al público, sino de los que en el mismo género suministrará á la admiracion de los aficionados á las cosas de nuestra patria, el fecundo ingenio del Sr. Mesonero.

Seria esto tanto mas de sentir, cuanto los recientes viages á los paises extranjeros que ha hecho el autor del *Panorama Matritense*, y el mayor peso que dan á las ideas el estudio y la experiencia de todos los dias, hacen esperar que en sus próximas publicaciones hallaremos *progreso* en todas las dotes que constituyen un buen escritor de costumbres y que en tan alto grado posee ya el Sr. Mesonero. Si tales son ahora sus artículos ¿qué serán en lo sucesivo?—Animo pues, Sr. *Curioso parlante*; escriba, escriba, dénos buenos artículos de costumbres como hasta ahora, que aqui le daremos en cambio, ya que no otra cosa, estímulos muchos y muy sinceros aplausos.—E. DE O.

LA MEDITACION.

Qui te suit ? la douleur.... qu'apportes-tu ? les larmes.
D'ARLINCOURT.

Hay un sitio en la orilla del rio
Que no azota el Levante cruel;
Salpicado de flores, sombrío,
Donde crecen el sauce y laurel.

Donde siempre la brisa resuena;
Donde siempre descuella la flor;
Donde el sol entre ramas appena
Lanza un tibio y velado esplendor.

Corre el Betis, y besa la orilla
Murmurando su puro cristal:
Asomado á Occidente el sol brilla,
Solitario y lejano fanal.

De los cisnes escucho allí el canto,
Y el murmullo del negro ciprés:
La onda pura y dorada, entre tanto
Viene triste á estrellarse á mis pies.

Sueños vagos encantan el alma;
Tristes voces se escuchan dó quier;
Desparece el dolor en la calma;
Desparece en la calma el placer.

Ningun eco el silencio turbando
Interrumpe mi vago pensar:
Solo escucho las ondas silvando,
Solo escucho las brisas pasar.

Y las ondas que llegan rizadas
Se deshacen, y vienen despues
Otras mil que á su vez arrolladas,
Con espuma salpican mis pies.

Se suceden cual todo en el mundo;
Cual sucede una flor á otra flor;
Cual del alma en el valle profundo
El dolor sigue siempre al dolor.

Cual el llanto á los llantos succede;
Como sigue el afán al afán;
Cual la sangre abrasando, precede
En el pecho un volcan á un volcan.

Asi siempre corriendo, y llegando,
Todo pasa, y se gasta, y se vá:
Asi siempre sintiendo, y pensando,
La esperanza la vida nos dá.

La esperanza del bien siempre engaña;
La esperanza no engaña del mal,
Y la vida se seca, cual caña
Al aliento del austro fatal.

La belleza que tierna sonrie
Si mi vista la suya encontró,
De mi ardor devorante se rie,
Del ardor que otro tiempo encendió.

De esperiencia á otra triste esperiencia
Corre el hombre sin nunca acabar;
Si una flor perfumó su ecsistencia,
Al instante la vé marchitar.

El vivir es amarga ironía;
Sin embargo se anhela el vivir:
Si la vida vé pálida y fria,
¿Por qué aterra al humano el morir?

Y ese instante que cuenta de vida
Prolongarlo quisiera el mortal;
Mas allá de la tumba temida
Sueña en gloria, se sueña inmortal.

Pide á un Dios que lo saque de olvido;
Le demanda otra vez ecsistir:
Si mi vida ha de ser cual ha sido,
Que me deje en la nada dormir.

Todo al lado del hombre reposa;
Nada siente su negro dolor:
Silva siempre la brisa amorosa,
Mece siempre su tallo la flor.

Mil insectos estienden sus alas
Esmaltadas con oro y zafir:
La natura me muestra sus galas,
Sin que pueda con ella reir.

Los perfumes que exhalan las flores
Arrebata la brisa fugaz:
De las ondas los tristes clamores
Con dulzura me gritan *la paz!*

Y esa paz que yo tanto deseo,
Y esa paz que á los cielos pedí,
Escondese en las ondas la veo,
Apartarse la miro de mí.

¿Qué me importa que luego la luna
Me ilumine con lumbre de amor?
¿Qué me importa que nube ninguna
Me oscurezca su puro esplendor?

¿Qué me importa mirar las estrellas
Sobre un cielo azulado brillar?
Ya están fijas cual lámparas bellas;
Ya se lanzan de luz en un mar.

Nada puede borrar mi tristeza;
No lo puede el delirio de amor:
La sonrisa de tierna belleza
No consigue ahuyentar mi dolor.

Ni aun el tiempo lo puede tampoco:
Mi dolor con el tiempo nació,
Y su mano fatal poco á poco
De mis ojos la venda quitó.

Es tan solo una voz la fortuna;
Son palabras la gloria y virtud:
Ellas llenan la cándida cuna,
Ellas llenan el negro atahud.

¡Y yo un tiempo sus aras de ofrendas,
De suspiros, y llanto cubrí!
De la gloria buscaba las sendas;
De infortunio la senda seguí.

Es la dicha ilusion de un instante;
Es un sueño de paz y de amor;
Es un rayo de luz inconstante;
¡Lo constante no es mas que el dolor!

Sevilla = 1835.

SALVADOR BERMUDEZ DE CASTRO.

SEVILLA.

Artículo 3.º

La Catedral.

§ I. Estrechado el cerco de Sevilla por las huestes del Rey San Fernando, se ofrecieron á entregarla los moros que la defendian, poniendo entre las condiciones que se les permitiese derribar la torre de su mezquita: que era tal la estimacion en que la tenian, que les dolía menos la pérdida de todo el reino, que el ver en poder de los cristianos una fábrica tan peregrina. Deseoso de evitar mayor efusion de sangre, inclinábase el Santo Rey á aceptar la propuesta: pero su hijo D. Alonso, que, por lo versado que era en las ciencias, mereció el dictado de *Sábio*, se opuso enérgicamente á una concesion, que no podia me-

nos de parecerle bárbara, é hizo saber á los sitiados que, *Por un solo ladrillo que quitasen á la torre, los pasaria á todos á cuchillo*. Tuvieron por fin que ceder; y la mezquita, con su torre intacta, pasó á poder de los cristianos, los cuales, despues de haberla purificado, la dedicaron al culto de la Virgen María. Esta torre es la *Giralda*.

Antes de hablar de su estado actual, copiaré lo que de ella se dice en la historia general de D. Alonso el *Sábio*, cuarta parte, fólío 425 de la edicion de 1541.

Pues de la torre mayor que es ya de sancta María muchas son las sus nobrezas e la su grandezia e la su beldad e la su alteza, ca sesenta braças ha en el trecho de la su anchura, e quatro tanto en lo alto. Otrosí tan alta e tan llana e de tan gran maestría es fecha la su escalera que cualesquier que allí quieren sobir con bestias suben fasta ençima della. Otrosí en somo adelante ha otra torre ala çima que ha coho braças fecha de gran maestría, e ala çima della son quatro mançanas redondas vna sobre otra de tan gran obra e atan grandes que non se podrien saber otras tales, la de somo es la menor de todas, e luego la segunda que esta so ella es mayor, enpues la tercera mayor que la segunda, mas de la quarta mançana non podemos retraer ca es de tan gran lauor e de tan estraña obra que es dura cosa de creer: toda obrada de canales, e las canales della son doze: e ha en la anchura de cada canal çinco palmos comunales. E quando la metieron por la villa non pudo caber en la puerta e ouieron de quitar las puertas e asanchar la entrada, e quando el sol da en ella resprandece con rayos luzientes mas de vna jornada.

Acaeció en 1394 un gran temblor de tierra, y tronchándose la espiga de hierro en que estaban ensartados los globos, se derrumbaron estos de la torre y se hizieron en las piedras mil pedazos; sin

que se pensase despues en reponerlos, ni en añadir nuevos adornos hasta el año de 1550, en que el célebre arquitecto Hernando Ruiz, maestro mayor que era á la sazón de esta santa iglesia, y que ántes lo habia sido de la de Córdoba, contra la opinion de muchos arquitectos, que no juzgaban la torre bastante robusta para sostener el peso de nuevas obras, construyó con sumo atrevimiento y elegancia los tres cuerpos superiores que hoy la coronan, y que, no obstante su altura de cien pies con la solidez proporcionada, no disminuyen en manera alguna la lijereza y el buen aire del conjunto.

La torre es cuadrada: tiene de altura la parte árabe sobre 250 pies, y 50 de ancho cada una de sus caras. Los cimientos, hasta un estado de hombre sobre el suelo, son de sillería; y es fama que en ellos emplearon los moros todas las piedras y ornamentos que dejaron en Sevilla los romanos: todo lo demás es de ladrillos de notable grandeza. Hasta la altura de 87 pies, corren lisos y sin adorno alguno los cuatro lienzos: pero ya allí empiezan las *ajaracas* ó arabescos, molduras de una delicadeza y de un gusto esquisito, que dan á la torre un aire de riqueza, de novedad y de galantería que seduce, á lo cual igualmente contribuyen los vistosos *ajimeces* ó ventanas de distintas formas, divididas por una columnita, que sirven para dar claridad y ventilación al interior. Sobre este cuerpo árabe están las campanas, y luego comienzan los tres que á la osadía é inteligencia de Hernando Ruiz se han debido, obra singular, como ántes dijimos, de una época en que, si bien no se hallaba por lo general restaurada en toda su pureza la arquitectura greco-romana, al menos unian ya los arquitectos á la fogosa imaginación tan preciada en aquellos tiempos, como en los nuestros desestimada, y á la gentileza y acabado primoroso de los adornos llamados *platerescos*, líneas de mejor gusto y proporción que las que ántes usaban. Y si al airoso conjunto de esta torre se añade una tinta suave y sonrosada que la baña toda, semejante á los primeros rayos de la aurora, efecto del color de los ladrillos y del leve residuo de cierto revoco que le dieron en otros tiempos, fácil será concebir su

mágia tan justamente celebrada. En la misma cúspide, sobre un gracioso copulillo, se halla una estatua colosal de bronce dorado, que pesa 28 quintales y sirve de veleta á la ciudad. Llámala vulgarmente el *giraldillo* ó la *giralda*, sin duda porque gira á impulso del viento, y esta es la etimología del nombre de la torre. En las cuatro fachadas ejecutó el célebre Luis de Vargas varias pinturas al fresco, que por lo general se hallan en el día sumamente deterioradas.

Edificóse la antigua mezquita de orden del rey Joseph Abu Jacob, por los años de 1171, y en libros antiquísimos se lee que el arquitecto que construyó la torre fué un moro sevillano llamado Gever ó Guever, á quien vulgarmente se atribuye la invención del álgebra.

§ II. En el año de gracia de 1401, hallándose la mezquita convertida, como hemos visto, en catedral por San Fernando, en un estado nada satisfactorio, se reunió el cabildo para deliberar sobre los medios de restaurarla, y de dar al culto de María todo el esplendor que al alcance de los hombres estuviese. Hé aquí lo que en 8 de julio se acordó: «*Que se labre otra eglesia tal e tan buena, que non haya otra su igual.*» Y en la misma ocasión, refiere la crónica que dijo un prebendado: «*hagamos una iglesia tan grande que los que la vieren acabada nos tengan por locos.*» Rasgos ambos verdaderamente andaluces, y que solo nos moverían á risa, á no haber demostrado la experiencia que eran suficientes los recursos con que contaban y la habilidad de sus arquitectos, para que nadie pudiese tacharlos de exajerados en sus propósitos, ni de orgullosos en demasía, cuando acordaron emprender una obra tan grandiosa y en tan pomposos términos la anunciaron. Y no se pierda de vista que, en la época á que nos referimos, á distancia no mayor de 12 leguas de sus murallas, se señoreaban los enemigos de nuestras santas creencias.

Emprendióse la obra con suma actividad, contribuyendo liberalmente los canónigos y prebendados con toda aquella parte de sus rentas, que no era absolutamente indispensable para su sustento, y ofreciendo la piedad cristiana de los fieles

cuantiosos donativos. El siglo XV, tan fecundo en obras colosales, vió alzarse por grados esta fábrica suntuosa, gracias al sudor y á las riquezas de varias generaciones, por manos hábiles empleadas, y casi alcanzó el cabo de tan grande empresa, pues en 1507 se vió cerrado el cimborio, que igualaba en altura al primer cuerpo de la torre. Mas para mengua nuestra, se ignora el nombre del arquitecto á quien se debe esta creacion gigantesca, pues hasta 60 años despues de comenzada, época en que ya estaba á mas de la mitad de su altura, no aparece en los libros del cabildo nombre alguno de arquitecto. Conservábase aun en 1734 la planta ó diseño original firmado por el arquitecto que la trazó, y así mismo el de la mezquita antigua; pero ambos documentos fueron pasto de las llamas en el incendio que consumió en dicho año el palacio de Madrid, y desapareció un nombre que pudiera presentarse con orgullo en la historia de las artes, á la altura de los mas aventajados.

§ III. Bastantes templos góticos he visitado en mis peregrinaciones, y siempre he pagado á esta sublime arquitectura el débil tributo de una admiracion sin límites: pero confieso que la catedral de Sevilla produjo en mi ánimo una impresion nueva y singular, un placer y una alegría que jamas hasta entonces habia experimentado en otra alguna. Parecíame que el estilo gótico se habia despojado de aquella dureza de expresion, de aquella severidad sombría que constituyen en parte su carácter. Todo aquí sonríe. Por ningun lado se ven asomar esas espantosas visiones, esas mómias de piedra renegrada, que en los ángulos oscuros de las fábricas de la edad media suelen aparecerse colgadas, al parecer, de un hilo sobre las cabezas de los devotos, y que hacen pensar en el otro mundo y estremecerse con el presentimiento de sus tormentos eternos: ni cubren las paredes adornos simbólicos de los que tanto daban en que entender á los que en ciencias cabalísticas se ocupaban; ni domina en la fábrica ese color sombrío, que depositan las estaciones, que sin término se suceden y que imprimen en los monumentos el sello de una vejez respetable. A no ser

por la grandiosidad de la obra, y por su esquisito gusto, pudiera creerse concluida en nuestros tiempos.

Despues de algunos minutos de éxtasis en contemplacion de los primeros objetos que á mi vista se ofrecieron, me dirigí rápidamente hácia el centro de la nave principal ansioso de gozar cumplidamente de su bella perspectiva: pero nada tardé en hallarme detenido por un obstáculo insuperable, por la mole formidable del coro, que, situado en las dos bóvedas del centro, se presenta por do quiera como una pantalla en que se estrellan todas las líneas visuales. Y como si aun esto no bastase, una calle ó pasadizo, que vá del coro á la capilla mayor, divide en dos parte con sus barandillas de hierro el centro del crucero, en tal forma, que apenas quedan á los fieles algunas varas de terreno para ver de frente los servicios divinos que se celebran en dicha capilla, rodeada toda de rejas de formidable espesura. Estos coros, harto comunes en nuestras catedrales, y en los cuales se han invertido á vecés sumas muy crecidas, inutilizan para el efecto mas de la mitad de la iglesia, ó por mejor decir, se lo quitan á toda ella, mutilándola y reduciéndola á trozos aislados, cuyo conjunto, lleno de magestad y de armonía, constituiría su mérito principal, si fuese dado gozarlo. No parece sino que el clero ha hecho las iglesias para él solo. Ya en esto se trasluze una idea de comodidad mezquina, un principio de egoismo que nada tendría de extraño en nuestros dias, pero que se halla en contradiccion con las ideas generosas de los tiempos pasados. De esta disposicion del coro en la catedral de Sevilla resulta que los oficios divinos, que mas pompa requieren, tienen que celebrarse en el trascoro, espacio anchuroso, sin duda y bien alumbrado, pero que no compone en suma sino la tercera parte de la longitud del templo.

Y es un dolor: porque al ver unos pilares que se lanzan á las nubes con tanta gallardía y ligereza como si fuesen juncos, presentando empero un aire de solidez inexplicable: al contemplar los pintorescos rompimientos de luz que por medio de ellos, como los rayos rojizos del sol entre los árboles, penetran y se ofrecen á la vista por do

quiera, remedando las fantásticas, al par que simétricas, combinaciones del *Kaleidóscopo*; al considerar aquellas bóvedas tan anchurosas, y al parecer suspendidas en los aires por una mágica atracción, como el sepulcro de Mahoma, como el azul del firmamento; aquellas bóvedas, debajo de las cuales reina una perpétua primavera y se respira en todo tiempo una atmósfera deleitosa, aun en los momentos en que con mayor furia se desploman sobre la tierra los pesados rayos de un sol de mediodía; al sentirse arrebatado por el espectáculo de tanta grandeza, tan odioso parece cualquier objeto que destruye el efecto general, como para un amante lo sería la enfermedad, que el rostro de su querida deformase, y de un cielo de hermosura y de delicias la convirtiese en un objeto horrible y nauseabundo.

§. IV. Con razón sobrada preferían los arquitectos góticos á los vidrios blancos, que dan paso á una luz cruda, fría y á veces aplomada, los de color que derraman en la atmósfera un tono de gravedad, de armonía y de misterio muy propio para escitar á la meditación y para inspirar recogimiento. Y como rara vez holgaban en sus obras, ni aun las partes que como mas accesorias y de mero adorno pudieron considerarse, pues todo en ellas encerraba un sentido misterioso y á todo presidía una idea religiosa, representaban comunmente en sus vidrieras pasos de las santas escrituras, para que los ojos que al cielo se dirigiesen, viesen en él trazadas en rasgos luminosos las santas efigies, objeto de su devoción ardiente.

Son estas vidrieras de los mas curiosos monumentos que nos ha dejado la edad media, y no pocas veces arrojan bastante luz sobre el estado y progresos de la pintura en aquellos tiempos. Mas de noventa se ven en la catedral de Sevilla, *cua-*
jadas, como con tanta espresión decían nuestros abuelos, de *imageria* de distintos vivísimos colores. Empezólas á pintar en 1504 *Micer Cristóbal Aleman*; trabajaron luego en ellas diferentes artistas, y se concluyeron en 1569, á escepcion de un corto número, obra posterior, y en parte muy reciente y de ejecución harto menguada.

(Se continuará.)

Música.

IL CASTELLO DI KENILWORTH.

En Donizetti fundan ahora grandes esperanzas los amantes de la ópera italiana. No se puede negar que reúne á sus buenos conocimientos infatigable laboriosidad y mucho gusto. Pruebas de todo ello ha dado en varias particiones que, todavía joven, ha visto recorrer con gran éxito los teatros de Italia; pero tambien produce algunas que están muy lejos de poderse comparar con la de Ana, tal es, por ejemplo, esta de que hablamos hoy. Donizetti la ha escrito con una velocidad admirable (aseguran que en 25 dias) y se resiente de ello. Para nosotros no hay mérito en escribir deprisa; le hallamos solo en escribir bien. No es decir esto que esté mal escrita la particion de esta ópera, porque su autor se ha puesto ya en el caso, á fuerza de práctica, de no poder escribir mal, pero á nadie se le oculta que escepto en dos ó tres pedazos no pasa de un conjunto de reminiscencias, ó por mejor decir ideas triviales, zurcidas unas á otras con mas ó menos naturalidad y destreza, y esto no es digno de Donizetti, no es lo que se espera de él.

Tampoco es digno del Sr. Ronzi el papel de Leicester, y en vano se esfuerza para hacerlo brillar porque es de suyo desairado. El Sr. Ronzi lo conoce, y sin embargo se esmera en su desempeño como en el de todos los que hasta ahora le han cabido, contrayendo así dobles títulos á la justa estimación en que el público le tiene. La Señora Manzocchi reúne admirablemente la gracia á la dignidad en el papel de Elisabetta, y brilla mucho en sus dos escenas primera y última, á pesar de haber sido escritas para voz de mayor estension. Lástima es que sea tan limitada la de la Señora Almerinda; pero ¿quién nos dice que de no serlo conservaría aquella dulzura y melodía que tanto nos agrada? Mas vale apreciar lo bueno que poner siempre la mira en lo mejor, porque si se toma este último partido jamas se hallará cosa que parezca buena. No la falta estension á la Señora Fontana, ni tampoco la falta, lo repetimos, saber cantar, y sin embargo no consigue agradar. Su voz es ágría, se resiente de haber sido forzada. No se hacen óperas á los 18 años impunemente: y en vano se acude al arte para disimularlo. Mas

el público nos parece siempre algo injusto con esta jóven, y así como no estrañamos disgusto su accionado echamos menos los elogios que su canto merece. Falta hablar del Sr. Salas que desempeña su papel, aunque sério, con primor. En este esmerado artista brillan cada día mas, no ya sus progresos, como suelen decir, sino sus conocimientos reales. Nosotros nos complacemos en reconocerlo y en observar que el público todo se esfuerza para manifestarle el particular aprecio en que le tiene, á pesar de ser el mismo público que le ha visto progresar; ¡cuánto prueba esto en favor del Sr. Salas! De lo demás poco habia que decir y así celebramos que este artículo sea ya bastante largo. — S. M.

Teatro de la Cruz.

FUNCION DEL JUEVES 22.

Brillante fué esta funcion, como era de esperar, atendido su noble y patriótico objeto. La piececita improvisada al efecto por los Sres. Breton y Vega hizo reir á los espectadores y aun á los que, como ha dicho un periódico de la capital, sin saberlo tenían parte en el drama. De las diferentes composiciones que leyeron los actores, no hubo una sola que desmereciese de tan hermosa funcion, y que no hallase un eco de simpatía en los corazones de un público entusiasta de su Pátria y de su Reina.

La presencia de nuestra adorada Cristina puso el colmo al júbilo de los espectadores, júbilo que se convertía en un verdadero delirio cada vez que se aludía en la nueva pieza á aquella reina inmortal. La noche del jueves 22 de octubre, dejará un recuerdo profundo en el alma de todos los buenos españoles.

Bien quisieramos poder copiar todas las composiciones que se leyeron, pero habrémos de contentarnos, por falta de espacio, con hacer particular mencion de la oda del Sr. Gil, de las preciosas quintillas de los Sres. Vega y Breton, del ditirambo del Sr. Espronceda, de las octavas del Sr. Diaz, y de todas las composiciones en fin que tantos y tan justos aplausos arrancaron al público. No podemos menos sin embargo de copiar aquí el magnífico soneto del Sr. Roca de Togores y una de las graciosas letrillas del Sr. Breton, que, en su género, es á nuestro parecer de lo mejor que ha compuesto este fecundo poeta.

Isabel Primera y Cristina.

La primera Isabel trueca en rodela
Esas galas que envidian las matronas;
En recios cables y manchadas lonas
Sus brinquiños, joyeles y escarcelas.

Hienden la vírgen mar sus rotas velas;
Y al arribar de las opuestas zonas
Reportan á Castilla mas coronas
Que surgieron del puerto Carabelas.

Tú que armaste, Cristina, los guerreros
Por tu mano tambien ¡cuánta mas gloria
Mereces á los siglos venideros!

Que no es tanto en los fastos de la historia
Quien su yugo cargó de polo á polo,
Como quien hace libre un pueblo solo.

LETRILLA.

Absolutista reacio	¿ Pretendes tú que el vestiglo
Que criaron á su pecho	Del despotismo feroz
Los hijos de San Ignacio,	Otra vez ¡ en este siglo!
¡ Así andas tu tan derecho!	Alce su horrisona voz
Hoy mi musa te previene,	Repetida por idiotas
¡ Caracoles!	Capiscoles?
Una letrilla que tiene	¡ Tienen los tales feotas
<i>Tres bemoles.</i>	<i>Tres bemoles!</i>

Sé tú en mal hora servil;	¿ Y mi tia la abadesa
Pero eso de que la España	Que pasan días y días
Ha de ser juguete vil	Y ella está tiesa que tiesa
De gentes de tu calaña;	Esperando á su Mesías,
De un Quilez, de un tabernario	Y le ofrece con lisonja
<i>Ros de Eroles...</i>	Huevos moles?—
Eso tendria, ¡ canario!	¡ Vaya que tiene la monja
<i>Tres bemoles.</i>	<i>Tres bemoles!</i>

Que otra vez se llame <i>santo</i>	¡ Digo, y espera esa gente
El <i>oficio</i> del infierno,	Con <i>Merinos</i> y <i>Morenos</i>
Y vuelva á ser el espanto	Coronar al Pretendiente,
De cien familias... ¡ un cuerno!	Y tornarnos nada menos
Antes que tú su pendon	Que á la era del Rey Vamba!
Enarboles	¡ Qué ababoles!
El diablo te lleve con....	Eso tendria ¡ caramba!
<i>Tres bemoles.</i>	<i>Tres bemoles.</i>

No esperes cantarnos luego	¿ Presa otra vez de tiranos?
Con tu canalla maldita,	¡ No, voto á Cristas de pez!
En vez del <i>Himno de Riego</i>	¡ Antes morir, Ciudadanos!
La cancion de la <i>Pitita</i> ,	¿ Serémos presa otra vez
Que en bocas ahitas de ajos	De algun frailote <i>gaznápiro</i> ?
Y de coles	¡ No, Españoles!
Tendria en los barrios bajos	Aunque tenga, ¡ voto al Chápiro!
<i>Tres bemoles.</i>	<i>Tres bemoles.</i>

ESTAMPA: Lo que ha sido y lo que es.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.—FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.



F. Aranda del.º

R. L. de Madrid

Patio de una casa arabe en el Alhambra de Granada.

Ayuntamiento de Madrid

el público nos parece siempre algo injusto con esta jóven, y así como no estrañamos disgusto su accionado echamos menos los elogios que su canto merece. Falta hablar del Sr. Salas que desempeña su papel, aunque sério, con primor. En este esmerado artista brillan cada día mas, no ya sus progresos, como suelen decir, sino sus conocimientos reales. Nosotros nos complacemos en reconocerlo y en observar que el público todo se esfuerza para manifestarle el particular aprecio en que le tiene, á pesar de ser el mismo público que le ha visto progresar; cuánto prueba esto en favor del Sr. Salas! De lo demas poco habia que decir y así celebramos que este artículo sea ya bastante largo. — S. M.

Teatro de la Cruz.

FUNCION DEL JUEVES 22.

Brillante fué esta funcion, como era de esperar, atendido su noble y patriótico objeto. La piececita improvisada al efecto por los Sres. Breton y Vega hizo reir á los espectadores y aun á los que, como ha dicho un periódico de la capital, sin saberlo tenían parte en el drama. De las diferentes composiciones que leyeron los actores, no hubo una sola que desmereciese de tan hermosa funcion, y que no hallase un eco de simpatía en los corazones de un público entusiasta de su Pátria y de su Reina.

La presencia de nuestra adorada Cristina puso el colmo al júbilo de los espectadores, júbilo que se convertía en un verdadero delirio cada vez que se aludía en la nueva pieza á aquella reina inmortal. La noche del jueves 22 de octubre, dejará un recuerdo profundo en el alma de todos los buenos españoles.

Bien quisieramos poder copiar todas las composiciones que se leyeron, pero habrémos de contentarnos, por falta de espacio, con hacer particular mencion de la oda del Sr. Gil, de las preciosas quintillas de los Sres. Vega y Breton, del ditirambo del Sr. Espronceda, de las octavas del Sr. Diaz, y de todas las composiciones en fin que tantos y tan justos aplausos arrancaron al público. No podemos menos sin embargo de copiar aquí el magnífico soneto del Sr. Roca de Togores y una de las graciosas letrillas del Sr. Breton, que, en su género, es á nuestro parecer de lo mejor que ha compuesto este fecundo poeta.

Isabel Primera y Cristina.

La primera Isabel trueca en rodela
Esas galas que envidian las matronas;
En recios cables y manchadas lonas
Sus brinquiños, joyeles y escarcelas.

Hienden la vírgen mar sus rotas velas;
Y al arribar de las opuestas zonas
Reportan á Castilla mas coronas
Que surgieron del puerto Carabelas.

Tú que armaste, Cristina, los guerreros
Por tu mano tambien; cuánta mas gloria
Mereces á los siglos venideros!

Que no es tanto en los fastos de la historia
Quien su yugo cargó de polo á polo,
Como quien hace libre un pueblo solo.

LETRILLA.

Absolutista reacio	¿Pretendes tú que el vestigio
Que criaron á su pecho	Del despotismo feroz
Los hijos de San Ignacio,	Otra vez; en este siglo!
¡Así andas tu tan derecho!	Alce su horrrisona voz
Hay mi musa te previene,	Repetida por idiotas
¡Caracoles!	Capiscoles?
Una letrilla que tiene	¿Tienen los tales feotas
Tres bemoles.	Tres bemoles!

Sé tú en mal hora servil;	¿Y mi tia la abadesa
Pero eso de que la España	Que pasan días y días
Ha de ser juguete vil	Y ella verá tiara que tiara
De gentes de tu calaña;	Esperando á su Mesías,
De un Quilez, de un tabernario	Y le ofrece con lisonja
Dos de Escala...	Huevos moles?—
Eso tendria, ¿caramba!	¿Vaya que tiene la monja
Tres bemoles.	Tres bemoles!

Que otra vez se llame santo	¿Digo, y espera esa gente
El oficio del infierno,	Con Merinos y Morenos
Y vuelva á ser el espanto	Coronar al Pretendiente,
De cien familias... ¡un cuerno!	Y tornarnos nada menos
Antes que tú su pendon	Que á la era del Rey Vamba!
Enarboles	¿Qué ababoles!
El diablo te lleve con....	Eso tendria; caramba!
Tres bemoles.	Tres bemoles.

No esperes cantarnos luego	¿Presa otra vez de tiranos?
Con tu canalla maldita,	¿No, voto á Cristas de pez!
En vez del Himno de Riego	¿Antes morir, Ciudadanos!
La cancion de la Pitita,	¿Serémos presa otra vez
Que en bocas ahitas de ajos	De algun frailote gznápiro?
Y de coles	¿No, Españoles!
Tendria en los barrios bajos	Aunque tenga, ¡voto al Chápiro!
Tres bemoles.	Tres bemoles.

ESTAMPA: Lo que ha sido y lo que es.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.—FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.



F. Aranda lo lit.

R. Lit. de Madrid

Patio de una casa arabe en el Alhambra de Granada.

Ayuntamiento de Madrid

